



EL ARTE MILENARIO DE PISCOYA

LUIS TORRES VILLAR

Si hay algo que ha caracterizado a la Escuela de Bellas Artes del Perú en su siglo de existencia es su naturaleza diversa, reflejo de un Perú pequeño, cuyo cuerpo docente, integrado en su mayoría por migrantes, llega a esta casa de estudios, al igual que sus alumnos, para convivir, discutir y producir desde sus tradiciones heredadas.

Este es el caso de Wilbert Piscoya, artista plástico que nació en Lambayeque en 1968. Al igual que sus antepasados Chimú, tuvo frente a sus ojos un paisaje rural de abundantes parajes de tierra acumulada, arquitecturas inmemoriales y una familia pródiga en afecto, los cuales fueron formando su sensibilidad para decantar en un arte que proclamó su vitalidad en las formas del pasado. No obstante, su lenguaje plástico ha sabido adaptarse a las necesidades del tiempo y su poder traductor de formas autóctonas no pasa por una breve alegoría, más bien, construye una traducción donde el lenguaje visual se manifiesta como metáfora biográfica y su pincel terroso sigue narrando las vicisitudes de su condición humana. Ese nos parece su gran aporte.

Queda clara la necesidad de discutir su obra desde la materialidad plástica, no como receta informalista, sino más bien como claro gentilicio, ubicación que apela a su memoria familiar. En sus obras no solo las imágenes y

las formas del pasado viajan a este mundo, sino también la materia que lo acompañó y cobijó, es decir, la tierra está ahí en sus obras: estucada, pegada; trazando topografías, reductos donde habitan lo ancestral y lo contemporáneo, huacas provisionales que viajan a nuestro tiempo con la metáfora poética del material y su milenaria presencia.

Respecto a sus referentes, podemos mencionar que las tempranas lecturas de García Márquez y Juan Rulfo le permitieron entenderse y ubicarse dentro de la gran propuesta latinoamericana del arte. Ese «realismo mágico» que permite discutir nuestra modernidad migrante, aún en juego.

Por otro lado, su labor como docente en esta casa de estudios es de dimensión insospechable, pues el taller que conduce posee aires de libertad que sostienen la necesidad de aperturar sus lenguajes a nuevos derroteros. La apuesta por visibilizar su trabajo hoy recurre a la urgencia de observarnos en los 100 años de historia como casa de formación de artistas que no ha renunciado –como es patente en la obra de Piscoya– a seguir configurando, desde la multiplicidad de visualidades, aquel corpus diverso que es nuestra plástica local, materia única e irremplazable que continúa ayudando a negociar nuestra diferencia en un contexto global.

WILBERT PISCOYA, EL ENCUENTRO CON LA TIERRA

MARCELO ZEVALLOS

Wilbert Piscoya Serrepe nació en 1968 en la Provincia de Ferreñafe, en el departamento de Lambayeque, norte de la costa peruana, territorio donde se desarrollaron culturas como la moche, la sicán y la chimú. Desde sus primeros años el dibujo fue su principal refugio a pesar de que en su etapa escolar no recibió clases de arte.

Ya en Lima, en 1983, ingresó a la Escuela Nacional de Bellas Artes donde destacó por su disciplina, perseverancia y constancia. En 1989 egresó con honores, logrando el Premio Banco Central de Reserva del Perú, premio otorgado a los mejores estudiantes de dicha promoción. Este fue el inicio de una larga lista de distinciones nacionales e internacionales que recibiría el artista.

Las obras con las que egresa Wilbert Piscoya fueron pinturas al óleo sobre lienzo, que se distinguieron por una temática dramática y expresionista. Sin embargo, pocos años después, en 1992, Piscoya se permitió experimentar con otros materiales, al no estar del todo satisfecho con el óleo. Es cuando investiga la arena y la nogalina, con las que cubre la superficie del lienzo, para luego hacer incisiones con un punzón de metal, técnica que con el tiempo se depura y toma otros sentidos.

Con esto, Piscoya encontró un modo de expresar muy particular, que le recordó el trabajo de albañil que realizaba su padre en su natal Ferreñafe. Cuenta que a la pared de adobe se le recubría con una mezcla tradicional, muy antigua, de yeso, goma de sapote y agua. El artista piensa que ese recuerdo se quedó registrado en su inconsciente desde su infancia y se manifestó posteriormente en su técnica.

Este hallazgo le permitió producir formas, que él llama rupestres o primitivas, para representar signos arquetípicos como el sol y la luna, los cuales rodean a seres atávicos que aparecen en un entorno coherente de tierra, en la que se esconden saberes del pasado. La tierra se muestra como el elemento de conexión con un pasado antiguo, pero que de alguna manera nos pertenece.

Su pintura nos confronta con un orden de profunda serenidad, sin mayor pretensión que la armonía con la tierra. En ella parece palpitar una sabiduría humilde y de otro tiempo, encarnada en seres sencillos, personajes que nos miran con intriga, pues parecieran no necesitar conocer nuestro idioma, y nos dicen en silencio que hemos errado el camino, que no se trata de apurar el paso hacia adelante, sino regresar y recuperar los vínculos perdidos con la naturaleza, la tierra y el entorno.

Es importante observar que su obra nunca muestra primeros planos, pues se trata siempre de personajes en comunión con su entorno natural y con otros seres. No existe el personaje identificable por sus rasgos propios como sujeto individual, sino el grupo imbuido por sus relaciones místicas de mutua dependencia.

Sin centrarse particularmente en una cultura del pasado, Piscoya alude a una ancestralidad sin nombre específico, podríamos reconocer en ella un pasado latinoamericano de tierra, color y dioses. No en vano, el artista se ha alimentado con admiración de la prosa latinoamericana de lo real maravilloso, donde lo indígena se muestra como lo real que marca nuestras particularidades culturales.

«En los cuadros constructivos de Wilbert Piscoya vibra el antiguo sueño vanguardista de la plástica latinoamericana que busca establecer la universalidad de una mitología visual del continente, en la línea de lo que Bárbara Duncan llama...las grandes tradiciones matemáticas abstractas del pasado.

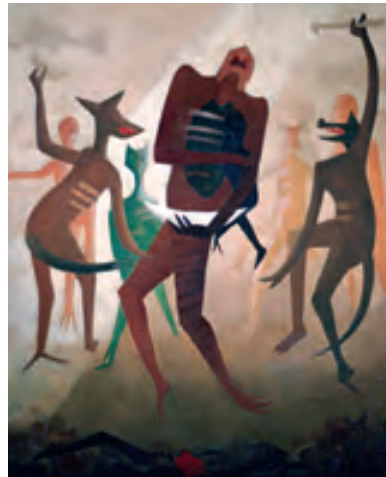
El artista nos habla en silencio y cuando uno observa en conjunto sus lienzos, estos parecen conversar entre sí».

MIRKO LAUER, 1998

Boceto (detalle) (1990)
Foto archivo personal del artista.



Boceto (1990 ca.)
Foto archivo personal del artista.



S/T (1989)
Óleo sobre tela
190 x 170 cm
© Wilbert Piscoya



S/T (1991)
Técnica mixta
120 x 100 cm
Patrimonio ENSABAP



El parto andino (1993)
Técnica mixta sobre lienzo
100 x 92 cm
VIII Premio Hispanoamericano
de Pintura Joven Diego de
Losada
© Wilbert Piscocoy



S/T (1995 ca.)
Técnica mixta obre tela
120 x 200 cm
Patrimonio ENSABAP



S/T (2010)
Técnica mixta sobre tela
70 x 70 cm
© Wilbert Piscoya



S/T (2010)
Técnica mixta sobre tela
70 x 70 cm
© Wilbert Piscoya



S/T (2010)
Técnica mixta sobre tela
100 x 100 cm
© Wilbert Piscoya



S/T (2012)
Técnica mixta sobre tela
80 x 80 cm
© Wilbert Piscoya



S/T (2012)
Técnica mixta sobre tela
120 x 120 cm
© Wilbert Piscoya



S/T (2018)
Técnica mixta sobre tela
80 x 80 cm
© Wilbert Piscoya



WILBERT PISCOYA

En 1989 egresa de la Escuela Nacional Superior Autónoma de Bellas Artes del Perú como Artista Plástico Profesional con especialidad en Pintura, ganando el premio Pintura del Banco Central de Reserva del Perú. En 1993 obtiene el primer Premio Hispanoamericano de Pintura, Diego de Losada, en Zamora, España, premio que da pie a su reconocimiento internacional. El siguiente año representa al país en la Trienal Internacional de la India y en la II Bienal de Arte Contemporáneo El Cairo, Egipto. En 1995 representó al país nuevamente en el concurso Premio de la Unesco para el fomento de las artes en París, Francia. Al año siguiente, en 1996 gana el premio al mérito Diploma Consejo Internacional de las Bellas Artes del Cono Sur Consuart, Lima, Perú. En 1997 gana el segundo premio del III Concurso de Pintura Johnnie Walker. En 1998 gana la beca como artista visitante en Canadá School of Art Ottawa, aquí compartió su obra y experiencia con profesores y estudiantes de esta casa de estudios, dictando clases maestras en las que explicó su proceso de creación.

En el año 2002 se presenta para el cargo de profesor en la Escuela Nacional Superior Autónoma de Bellas Artes del Perú. Desde ese momento es docente principal de esta casa de estudios, su experiencia y trabajo artístico hacen valiosa su contribución en la formación de los nuevos talentos del arte peruano.